

SEGUNDA PARTE

PERÍODO DE TRANSICIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Las religiones monoteístas en su relación con el materialismo.

Desaparición de la civilización antigua.—Influencia de la esclavitud, de la fusión de las religiones y de la semicultura.—Incredulidad y superstición; el materialismo de la vida; los vicios y las religiones se multiplican.—El cristianismo.—Caracteres comunes á las religiones monoteístas.—Doctrina mosaica de la creación.—Concepción puramente espiritual de Dios.—Oposición enérgica del cristianismo contra el materialismo.—Espíritu más favorable del mahometismo; el averroísmo; servicios que han prestado los árabes á las ciencias físicas y naturales; librepensamiento y tolerancia.—Influjo del monoteísmo en la concepción estética de la naturaleza.

La destrucción de la civilización antigua, en los primeros siglos de la era cristiana, es un acontecimiento lleno de importantes enigmas á los cuales todavía no se ha dado completa solución; las dificultades de abarcar de una ojeada los tan complicados acontecimientos del período de los emperadores romanos, y de orientarse en medio de los hechos más salientes, aumentan al apreciar en toda su extensión los efectos de las modificaciones casi imperceptibles, pero infinitas en número, que se produjeron en la vida cotidiana de las naciones, en el seno de las capas inferiores de la sociedad y en el hogar de familias obscuras, así del campo como de las ciudades (1); y, sin embargo, es lo cierto que no se puede explicar esta

gran revolución más que por el estado de las clases medias é inferiores de las poblaciones. Por desgracia se está habituado á mirar lo que en filosofía se llama la ley de desarrollo como una fuerza independiente de la acción casi mística que lleva al espíritu humano de la cumbre de la ciencia á la noche de la superstición, para comenzar el mismo juego bajo nuevas y más elevadas formas; la fuerza que desenvuelve á los pueblos se asemeja á la que rige á los organismos; existe, pero sólo como resultado de todas las fuerzas naturales particulares, y, admitiéndola, se facilita el estudio de los hechos, pero también encubre nuestra ignorancia y se cae en muchos errores si se la convierte en un principio nuevo y complementario de explicación al lado de las fuerzas elementales de las que no es más que el conjunto.

Digamos de una vez para siempre que la ignorancia no puede ser nunca efecto de la ciencia, que el capricho y la fantasía no son las consecuencias del método y, en fin, que la ciencia nada tiene que ver con la superstición; en la antigüedad hemos visto á la aristocracia intelectual separarse de la multitud bajo el influjo de la civilización, de la ciencia y del método; la falta de una instrucción profunda en el pueblo ha de ahondar esta separación rápidamente y hacerla más funesta; la esclavitud, que en cierto sentido era la base de la civilización antigua, se modificó en la época de los emperadores; pero cuanto más se trató de mejorar esta desgraciada institución, menos viable se hizo. En el seno de las masas supersticiosas, las relaciones crecientes de los pueblos comenzaron á operar una fusión entre las creencias religiosas; el misticismo oriental revistió las formas helénicas; en Roma, donde afluían los pueblos vencidos, no hubo nada que no tuviera creyentes, nada que la mayoría no convirtiese en ridículo; en frente del ciego fanatismo se veía la burla frívola y la hastiada indiferencia; la formación de diversos partidos bien disciplinados fué imposible, da-

dos los muchos y opuestos intereses de las clases elevadas; en esta multitud penetraron, por una literatura ampulosa, por deshilvanados estudios de espíritus ineptos y por relaciones de todos los días, elementos de turgaces nociones científicas que produjeron ese estado de semicultura que se pretende encontrar, aunque con menos razón, como el hecho característico de nuestra misma época; pero no ha de olvidarse que esta semicultura era ante todo peculiar á los ricos, á los poderosos, á los más importantes personajes y aun á los mismos emperadores; la cortesía más perfecta, la educación más refinada y la completa y superior inteligencia de las relaciones sociales van con frecuencia unidas, á los ojos del filósofo, con la semiciencia más lastimosa, y los peligros que se imputan á las doctrinas filosóficas se muestran, en efecto, en las varias clases de la sociedad cuando una semiciencia, dócil y desnuda de principios, se pliega servilmente á las inclinaciones naturales y á las pasiones desenfrenadas.

Mientras que Epicuro en un arranque sublime arrojó á sus pies las cadenas de la religión para entregarse al placer de ser justo y generoso, vemos ahora aparecer esos odiosos favoritos del momento tales como les ha pintado Horacio, y sobre todo Juvenal y Petronio, los cuales marchan con la cabeza erguida por la senda de los vicios más contrarios á la naturaleza; ¿dónde, pues, la desgraciada filosofía había de hallar protectores cuando miserables de esa laya se hacían pasar por epicúreos y hasta por estoicos? El desdén á las creencias populares sirvió para encubrir la frivolidad interior, el vacío de toda creencia y el verdadero saber; el vicio adoptó por divisa la burla contra la inmortalidad del alma; el vicio, producto de las costumbres de aquel tiempo, se formó y propagó á despecho y con auxilio de la filosofía; en las altas clases sociales, los sacerdotes de Isis, los taumaturgos y los profetas con los juglares y charlatanes que les escoltaban, tuvieron una abundante cosecha; á veces, los mismos ju-

dios hicieron más de un prosélito; la plebe de las ciudades, sumida en la ignorancia, no tenía carácter alguno lo mismo que los grandes seminstruidos; en esta época florece con todo su esplendor el materialismo práctico, el *materialismo de la vida*; acerca de este punto, las ideas aún dominantes tienen necesidad de ser esclarecidas, pues existe un materialismo de la vida que, aunque elogiado por unos y desdeñado por otros, no es menos digno de atención que cualquiera otra tendencia práctica.

Cuando se aspira, no á un goce fugitivo sino al perfeccionamiento general de la vida y, la energía del espíritu de empresas materiales, está dirigida por un cálculo prudente que estudia las condiciones esenciales de cada empresa y sabe alcanzar el fin que se propone, entonces se realizan progresos gigantescos como aquellos que en el espacio de dos siglos produjeron la grandeza y prosperidad de la actual Inglaterra y que en Atenas, en la época de Pericles, se asoció al más brillante desarrollo que haya logrado nunca pueblo alguno; muy otro era en la Roma de los emperadores el materialismo que se desarrolló, como en Bizancio, Alejandría y otras ciudades importantes del imperio; la cuestión de dinero dominaba igualmente en las masas, donde los individuos en su aislamiento mutuo eran devorados por esa avaricia que tan bien pintan Horacio y Juvenal, pero no se encontraban allí esos grandes principios del desarrollo de la energía nacional, de la explotación solidaria en los recursos naturales, que ennoblecen las tendencias materiales de una época y que, aunque tengan por punto de partida la materia, provocan la expansión de la fuerza que contienen; en vez de este materialismo próspero y vigoroso, Roma no conoció más que la corrupción; la filosofía se acomoda al primero como á todo lo que tiene principios, pero desaparece, ó más bien ya ha desaparecido, cuando se producen los abominables excesos que nosotros nos abstendremos de describir; mencionaremos, sin embargo,

un hecho incontestable: en los siglos mancillados por las monstruosidades de un Nerón, de un Calígula y de un Heliogábalo, la filosofía más rechazada y antipática en aquellos tiempos fué precisamente la que entre todas demandaba más sangre fría, más tranquila contemplación, investigaciones más sensatas, más puras y menos poéticas: la filosofía de Demócrito y Epicuro (4).

La época de Pericles vió florecer la filosofía materialista y sensualista de la antigüedad, cuyos frutos se extinguieron en la escuela de Alejandría durante los dos siglos que precedieron á la era cristiana; pero cuando bajo los emperadores las masas fueron presa del doble vértigo de los vicios y los misterios, la sabiduría no encontró discípulo sensato alguno y la filosofía murió de muerte natural; sabido es que en este tiempo predominaron los sistemas neoplatónicos y neopitagóricos, en los que se mezclan, entre muchos elementos generosos del pasado, el fanatismo y el misticismo de Oriente; Plotino se avergonzaba de ser hombre y nunca quiso decir á qué padres debía la existencia.

El movimiento materialista llegó aquí á su apogeo en la filosofía, y esta oposición fué poderosa particularmente en el terreno religioso al cual pertenecía; desde las formas más puras á las más horribles, no se vió jamás mayor variedad de religiones que en los tres primeros siglos que siguieron al nacimiento de Jesús; no es, pues, de admirar que los filósofos de este tiempo se hicieran sacerdotes y apóstoles de ellas; los estoicos, cuya doctrina tuvo desde un principio un tinte teológico, fueron los primeros que entraron por este camino y conservaron su prestigio mucho más tiempo que las otras escuelas, aunque concluyeron por ser sobrepujados y rechazados por los ascetas místicos del neoplatonismo que se hicieron dueños de las almas (5). Se ha dicho con frecuencia que la incredulidad y la superstición se engendran y sostienen una á otra, pero no hay que dejarse seducir por el brillo de estas an-

títesis; para dar con la verdad, es preciso examinar con cuidado las causas específicas y tener en cuenta la diferencia de tiempos y circunstancias; cuando un sistema científico fundado sobre principios sólidos separa con decisivos argumentos la fe de la ciencia, excluye con más poderosas razones las formas vagas de toda superstición, pero la antítesis precitada es también verdadera en las épocas y en las clases sociales perturbadas y divididas, donde lo están á su vez las formas nacionales y primitivas de la religión, como sucedió en el tiempo de los emperadores.

No había tendencia ni necesidad algunas de la vida á las cuales no correspondiese una forma religiosa especial, pero, al lado de las voluptuosas fiestas de Baco y de los misterios ocultos y seductores de Isis, se desarrollaba en silencio, cada vez más, el amor á un rígido ascetismo que profesaba el renunciamiento al mundo. Un individuo hastiado de la vida, después de haber agotado todos los placeres, ya no es sensible más que al encanto de la novedad, al de una existencia de austeridades y ascetismo; este es el caso de la sociedad antigua. Esta nueva dirección contrasta radicalmente con el alegre sensualismo del viejo mundo y que, por la ley del contraste, conducía al extremo opuesto: á huir de la sociedad y renunciar á sí mismo el cristianismo, con su atractiva y maravillosa doctrina de un reino que no es de este mundo, vino como anillo al dedo para los hombres hastiados; la religión de los oprimidos, de los esclavos y de cuantos padecen trabajos y sufrimientos, seducía también al rico ávido de goces para quien el placer y la riqueza no tenían ya encanto alguno.

Al principio del renunciamiento se unió el de la fraternidad universal, que abría nuevas fuentes de goces morales á los corazones que el egoísmo había desecado; la aspiración del alma errante y aislada hacia una solidaridad estable y hacia una fe positiva, fué satisfecha; la

unión de los fieles, imponente unidad de comunidades bajo la diversidad infinita de sus ramificaciones en toda la dilatada extensión del imperio, hizo por la propaganda de la nueva religión muchísimo más que la multitud de historias maravillosas propaladas y fácilmente acogidas como verdaderas; el milagro era, por lo general, mucho menos un instrumento de propaganda que una satisfacción suplementaria y una necesidad invencible de la fe en un tiempo apasionado y crédulo por todo lo que iba más allá de los prodigios; en este concepto, no sólo los sacerdotes de Isis y los magos competían con el cristianismo, sino que los filósofos se presentaban también como taumaturgos y apóstoles enviados por Dios; lo que los tiempos modernos han visto hacer á un Cagliostro y á un Gassner no es más que una débil imagen de las maravillas realizadas por un Apolonio de Tiano, el más célebre de los profetas, cuyos milagros y predicciones están en parte admitidos por Luciano y Orígenes; pero aún se advierte aquí que la virtud durable de hacer milagros pertenece á un principio simple y lógico; tal fué, por ejemplo, la naturaleza del milagro que reunió lenta y progresivamente las naciones y las religiones alrededor de los altares de Cristo (6).

Anunciando el Evangelio á los pobres, el cristianismo trastornó el mundo antiguo de arriba abajo (7); lo que había de ser visible y realizarse andando el tiempo, las almas crédulas lo vieron en espíritu: el reino del amor, donde los últimos serán los primeros; al rígido derecho romano que sustentaba el orden en la fuerza é hizo de la propiedad el fundamento inquebrantable de la sociedad humana, vinieron á oponerse con un poder irresistible los imperiosos preceptos de renunciar á toda propiedad, de amar á sus enemigos, de sacrificar las riquezas y de estimar como á sí mismo al criminal colgado de la horca; un inexpresable sentimiento de horror sobrecogió al mundo antiguo en frente de estas doctrinas (8) y los so-

beranos hicieron vanos esfuerzos para ahogar, con crueles persecuciones, una revolución que destruía todo el orden de cosas existente y se burlaba de la prisión, de la hoguera, de la religión oficial y de las leyes; con la audacia que inspira la seguridad de la redención ofrecida por un judío culpable del crimen de lesa majestad, y que al morir en el suplicio de los esclavos la había llevado al cielo como un don amable al Padre Eterno, esta secta conquistó un país tras otro y, fiel á su principio fundamental, supo hacer entrar poco á poco al servicio de la nueva creencia hasta las ideas supersticiosas, las inclinaciones sensuales, las pasiones y los principios jurídicos del paganismo que no pudo aniquilar; en vez del Olimpo, tan rico en mitos, se vieron surgir santos y mártires; el gnoticismo aportó los elementos para una filosofía cristiana; las escuelas retóricas de esta secta franquearon la entrada á todos aquellos que trataron de conciliar la civilización antigua con la nueva fe; de la simple y severa disciplina de la Iglesia naciente salieron los elementos jerárquicos; los obispos acapararon las riquezas y llevaron una vida orgullosa y mundana á la vez que el populacho de las grandes ciudades se enardeció de odio y fanatismo; se olvidó el socorrer á los pobres, y el rico usurero se mantuvo en posesión de sus rapiñas con el auxilio de la policía y de los tribunales; bien pronto las fiestas cristianas igualaron en fausto y magnificencia á las del decadente paganismo, y la devoción, unida á la efervescencia de las pasiones desencadenadas, amenazó ahogar en su cuna la nueva religión; pero no lo consiguió, porque el cristianismo supo siempre salir victorioso en su lucha contra los poderes enemigos; hasta la filosofía de la antigüedad, que después de mezclarse con las turbias aguas del neoplatonismo se extendió por todo el mundo cristiano, acabó por adaptarse á este nuevo medio; y en tanto que, por una contradicción manifiesta, la astucia, la traición y la crueldad contribuyeron á fundar el *Estado cris-*

tiano, la convicción de que todos los hombres estaban igualmente llamados á una existencia superior, quedó como la base fundamental de la historia de los pueblos modernos; «así, dice Schlosser, hasta el error y la trapecería humanos llegaron á ser los medios por los cuales hizo salir la divinidad una nueva existencia de los petrificados restos del mundo antiguo».

Tratemos ahora de examinar qué influencia tuvo el principio cristiano, ya en su perfecto desarrollo, sobre el materialismo, y en este examen habremos de tener en cuenta el judaísmo y, sobre todo, el mahometismo; estas tres religiones tienen un carácter común: el monoteísmo. Para el pagano que ve en todas partes sus dioses y se habitúa á mirar cada fenómeno de la naturaleza como una prueba de su intervención continua, las dificultades que encuentra en su camino la explicación materialista de las cosas son tan innumerables como las divinidades mismas; así, cuando un sabio ha concebido el grandioso pensamiento de que, todo cuanto existe, existe en virtud de la necesidad y que ésta tiene sus leyes á las cuales la materia inmortal está sometida, toda conciliación con la religión es imposible; se debe, pues, considerar casi como insignificante la tentativa de mediación hecha por Epicuro, habiendo sido mucho más lógicos los filósofos que negaron la existencia de los dioses.

El monoteísmo ocupa otra posición frente á la ciencia; también él admite una concepción grosera y material que atribuye á Dios, equiparándole con el hombre, una intervención especial y local en cada uno de los fenómenos de la naturaleza, y esto es tanto más verdadero cuanto que cada hombre sólo piensa en sí y en lo que le rodea, quedando la idea de ubicuidad en este sistema casi como una fórmula vana y creando de nuevo en realidad innumerables divinidades aunque con la reserva tácita de que se pueden considerar á todas como no formando más que una; desde este punto de vista, que por cierto es el de la

fe del carbonero, la ciencia se hace tan imposible como lo era bajo el dominio de la fe pagana; pero cuando de un modo libre y grandioso se atribuye á un solo y mismo Dios la dirección única del mundo, la correlación de las cosas unidas por el lazo de causa á efecto no sólo se hace admisible sino que es también una consecuencia de la hipótesis; si yo veo en cualquier parte un movimiento de miles de ruedas, y conjeturo que un solo hombre las imprime el movimiento, habré de deducir que tengo ante mis ojos un mecanismo en el cual el movimiento de la pieza más imperceptible está determinado invariablemente por el plan del conjunto; esto supuesto, es preciso todavía que yo conozca la estructura de la máquina y que comprenda su marcha por lo menos pieza á pieza, y así, el dominio de la ciencia, se encuentra libre por el momento. Gracias á esta hipótesis, la ciencia se puede desenvolver y enriquecerse de materiales positivos durante unos siglos antes de verse obligada á concluir que esta máquina no es más que un *perpetuo móvil*; una vez formulada esta conclusión, se confirmará con tal número de hechos que al lado de ellos el arsenal de los antiguos sofistas nos parecerá en extremo débil y pobre; podemos comparar el monoteísmo á un lago inmenso que recibe las olas de la ciencia hasta el momento en que, de súbito, éstas comienzan á romper el dique.

El monoteísmo ofrece otra ventaja; su principio fundamental tiene una flexibilidad dogmática y presenta tal riqueza de interpretaciones especulativas que puede sostener la vida religiosa en medio de las más varias civilizaciones y de los mayores progresos de la ciencia; en vez de suscitar á raja tabla una guerra de exterminio entre la religión y la ciencia, la hipótesis de que el principio que gobierna el universo vuelve sobre sí mismo y se confunde con las leyes eternas, sugiere la idea de establecer entre Dios y el mundo la correlación que existe entre el alma y el cuerpo; por eso las tres grandes religiones mo-

noteístas, en la época más floreciente del desarrollo intelectual de sus representantes, han tomado un tinte panteísta y entonces nace también la lucha contra la tradición religiosa aunque en un principio no sea guerra de exterminio.

De todas las religiones el mosaísmo fué la primera que concibió la idea del mundo sacado de la nada; recordemos que, según la tradición, Epicuro, siendo todavía un joven escolar, se entregó á la filosofía después de que sus maestros no supieron contestarle de dónde provenía el caos que había dado origen á todas las cosas; hay pueblos que creen que la tierra está sostenida por una tortuga, pero les está prohibido preguntar sobre qué descansa la tortuga misma; tan cierto es esto que, durante generaciones enteras, el hombre se satisface con explicaciones que en el fondo no tienen nada de serias. En frente de semejantes ficciones, la concepción del mundo sacado de la nada es clara é ingenua, y encierra una contradicción tan evidente y tan directamente contraria á todo sano pensamiento que no se atreven á oponerse á ella las contradicciones poco violentas y atrevidas (9); hay más, esta idea es igualmente susceptible de transformación, pues posee algo de esa elasticidad que caracteriza al monoteísmo; se puede intentar transformar la prioridad de un Dios sin mundo en una prioridad simplemente ideal, y los días de la creación se hacen entonces períodos de desarrollo.

Al lado de estos rasgos que presenta ya el judaísmo, importa observar que el cristianismo fué el primero que despojó á Dios de toda forma sensible é hizo de él, en la estricta acepción de la palabra, un espíritu invisible; he ahí, pues, el antropomorfismo eliminado en principio, pero éste vuelve á reaparecer mil veces en la concepción grosera del pueblo y en la historia de las innumerables transformaciones del dogma. Se podría creer que gracias á estas ventajas del cristianismo, una nueva ciencia hu-